

Julia Kavanagh

# Una excelente oportunidad

Traducción de

*Micaela Belleggia\***Nicolás Salvador Ruiz Díaz\*\**Universidad del Salvador  
Argentina

La Rue Saint-Denis es una de las calles más concurridas de París y por eso es sucia, está repleta de personas y llena de dinero. Es sabido que esas casas lóbregas y altas podrían estar bañadas en oro, y que permanecen sombrías y aburridas porque siempre se han asociado tales cualidades a las cosas serias y profesionales. Por ende, al mirar esas casas, en la mente del observador surgen ideas difusas de numerosas transacciones, de mercancías apiladas en cuartos de techos altos, de registros polvorientos, libros contables, una extensa biblioteca, y, sobre todo, de hombres atareados llenos de arrugas, que envejecieron y se encorvaron ejerciendo el noble arte de ganar dinero.

Las calles que conducen a Saint-Denis comparten las mismas características: son sucias, sombrías y se destinan exclusivamente a las actividades económicas. En una de esas calles se encuentra una casa alta y antigua, parecida a las construcciones circundantes, con una gran mercería en la planta baja. El establecimiento se considera uno de los mejores del barrio, y durante muchos años, ha pertenecido a un individuo al que llamaremos Ramin.

Hace casi una década, Monsieur Ramin era un hombre de cuarenta años, jovial y de rostro ruborizado, que utilizaba su humor ingenioso para convencer a los clientes de que compraran sus productos, adulaba exageradamente a las jóvenes de clase media, y algunos domingos, les daba un regalo en la entrada, pues era la forma más económica de asegurarse clientes. Algunas personas lo consideraban un sujeto de buen carácter y despreocupado, y se preguntaban cómo, con esa actitud informal, se las ingeniaba para ganar dinero tan rápido, pero aquellos que lo conocían bien sabían que era de los que «no dejan pasar una oportunidad». Otros decla-

---

\* Traductora Científico-Literaria en inglés y estudiante de la carrera de Traductorado Público de inglés en la Universidad del Salvador (USAL).

\*\* Traductor Científico-Literario en inglés y estudiante de la carrera de Traductorado Público de inglés en la USAL.

raban que el propio Monsieur Ramin se definía a sí mismo como un «*bon enfant*» y decía que «solo tenía buena suerte». Se encogía de hombros y reía cuando las personas insinuaban que tenía una intrincada estrategia para crear excelentes oportunidades, y mucha habilidad para sacarles provecho.

Una linda mañana primaveral, se encontraba en la sombría sala desayunando un oscuro líquido honrado con el nombre de sopa de cebolla, leyendo el periódico y vigilando la tienda a través de la puerta abierta, cuando de repente Catherine, su vieja criada, dijo:

—Supongo que sabe que Monsieur Bonelle ha venido a vivir en el departamento que estaba desocupado en el cuarto piso.

—¿Qué?! —exclamó Monsieur Ramin, con tono agudo.

Catherine repitió la declaración y su amo la escuchó en completo silencio.

—¡Bien! —opinó al fin, en un tono totalmente despreocupado—, ¿qué hay con él? —Y, una vez más, retomó la triple tarea de leer, comer y vigilar.

—Es que —respondió Catherine—, dicen que está moribundo y que su criada, Marguerite, juró que no resistiría subir las escaleras. Se necesitaron dos hombres para subirlo, y cuando al fin estaba reposando en la cama, Marguerite bajó a la recepción y lloró allí una hora entera, diciendo que «el pobre amo tenía la gota, reumatismo y un asma terrible; que aunque lograron que llegara arriba, no volvería a bajar con vida; que si tan solo ella pudiera lograr que se confesara y que hiciera un testamento, no la afligiría tanto; pero que cada vez que le mencionaba al abogado o al sacerdote, él la insultaba como un impío y aseguraba que viviría lo suficiente para enterarla a ella y a todos los demás».

Monsieur Ramin escuchó con mucha atención a Catherine, olvidó terminar de tomar la sopa y permaneció meditando profundamente durante cinco minutos, sin siquiera percatarse de que dos clientes habían entrado a la tienda y esperaban para ser atendidos. Cuando se levantó, se le oyó exclamar:

—¡Qué excelente oportunidad!

Monsieur Bonelle había sido su predecesor. Era un misterio la manera en que Monsieur Ramin había conseguido pasar a estar a cargo de la tienda. Nadie podía explicar cómo ese asistente joven y pobre logró reemplazar a su patrón. Algunos decían que había descubierto que Monsieur Bonelle estaba involucrado en negocios fraudulentos y lo había amenazado con delatarlo, a menos de que le cediera el negocio a cambio de su silencio;

otros afirmaban que, tras ganar la lotería, había decidido montar una fuerte competencia enfrente, y que Monsieur Bonelle, al enterarse por ciertos indicios de las intenciones de Ramin, creyó prudente aceptar la insignificante suma que el empleado le ofreció y evitar una competencia que lo llevara a la ruina. Algunas almas caritativas —conmovidas sin dudas por la desdicha de Monsieur Bonelle— intentaron consolarlo y, de paso, sonsacarle información, pero lo único que obtuvieron de él fue la amarga exclamación: «¡Y pensar que logró engañarme!» Puesto que, aunque era joven en ese entonces, Ramin dominaba el arte de hacerse pasar por un muchacho provinciano inocente ante los ojos de su jefe. Aquellos que se acercaron al nuevo mercero en busca de una explicación fracasaron todavía más. «Mi viejo maestro —decía en tono jovial— sintió la necesidad de tomarse un descanso. Por eso, servicialmente le evité todo el trabajo y la molestia posibles».

Los años pasaron, el negocio de Ramin prosperó, y en ningún momento pensó ni oyó hablar sobre su «viejo maestro». La casa, cuya parte inferior alquilaba, se puso a la venta: él la había codiciado durante mucho tiempo, y casi había cerrado el trato con el dueño, cuando Monsieur Bonelle intervino a última hora y, ofreciendo apenas un poco más de dinero, se quedó con la propiedad. La furia y mortificación de Monsieur Ramin fueron extremas. No podía entender cómo Bonelle, a quien creía haber arruinado, había conseguido reunir una suma tan grande. El contrato de alquiler se le había terminado y ahora se sentía a merced del hombre que tanto había perjudicado. Pero Monsieur Bonelle no albergaba sentimientos vengativos, o esos sentimientos no lo cegaban a la necesidad de mantener a un buen inquilino, porque, aunque aumentó el precio del alquiler hasta que Monsieur Ramin lloró por dentro, no se negó a renovarle el contrato. Se encontraron durante ese período, pero nunca más.

—Bien, Catherine —dijo Monsieur Ramin a su vieja criada la mañana siguiente—, ¿cómo se encuentra hoy el buen Monsieur Bonelle?

—Si me permite decirlo, está usted muy preocupado por él —le respondió la criada en tono de burla.

Monsieur Ramin levantó la vista y frunció el ceño.

—Catherine —le indicó con indiferencia—, tenga la amabilidad, en primer lugar, de no emitir comentarios impertinentes, y, en segundo término, hágame el favor de subir y preguntar por el estado de salud de Monsieur Bonelle, y diga que yo la envío.

Ella refunfuñó y obedeció. Cuando volvió a los pocos minutos, su amo estaba en la tienda, y le entregó con una satisfacción evidente el siguiente mensaje:

—Monsieur Bonelle le envía saludos y se niega a declarar cómo se encuentra; también le agradecería que se dedicara a su propia tienda y no se preocupara por la salud de los demás.

—¿Cómo se ve? —preguntó Monsieur Ramin con perfecta compostura.

—Alcancé a echarle un vistazo y me parece que se prepara con rapidez para los buenos oficios del sepulturero.

Monsieur Ramin sonrió, se frotó las manos y bromeó alegremente con una muchacha de ojos negros, que negociaba el precio de una cinta para su sombrero. La joven consiguió una gran oferta ese día.

Hacia el anochecer, el mercero dejó la tienda a cargo de su empleado, y subió despacio al cuarto piso. Llamó a la puerta con delicadeza y una pequeña anciana abrió la puerta. La mujer le echó un vistazo rápido y de inmediato le dijo:

—Mi señor es inexorable, no verá médico alguno.

Estaba por cerrarle la puerta en la cara, pero Ramin rápidamente y en voz muy baja acotó:

—No soy médico.

Ella lo miró de arriba abajo.

—¿Es abogado?

—Nada por el estilo, mi querida señora.

—Bien, entonces, ¿es sacerdote?

—Casi diría que todo lo contrario.

—De verdad tiene que irse, el amo no recibe visitas.

Una vez más estuvo a punto de cerrar la puerta, pero Ramin se lo impidió.

—Querida señora —le dijo en un tono insinuante—, es verdad que no soy abogado, médico ni sacerdote. Soy un viejo amigo, un muy viejo amigo de su excelente amo, y he venido a visitar a Monsieur Bonelle, que se encuentra tan enfermo.

Marguerite no respondió, pero le permitió entrar y cerró la puerta detrás de él. Estaba por pasar del estrecho y sombrío vestíbulo a la habitación, desde donde podía oírse que alguien tosía con fuerza, cuando la mujer le apoyó la mano en el brazo, y poniéndose en puntas de pie para alcanzar su oreja, le susurró:

—Por el amor de Dios, señor, ya que es su amigo, hable con él, dígame que haga el testamento, e insinúe algo sobre salvar el alma y todo eso. ¡Hágalo, señor!

Monsieur Ramin asintió y le guiñó el ojo para indicarle que haría lo que le había pedido. Sin embargo, demostró cuán prudente era al no hablar en voz alta, puesto que desde el interior del cuarto una voz exclamó bruscamente:

—Marguerite, sé que está hablando con alguien. Marguerite, no recibiré un médico ni un abogado, y si algún sacerdote entrometido se atreviera...

—Es solo un viejo amigo, señor —lo interrumpió Marguerite, y abrió la puerta de la habitación.

El amo, al levantar la vista, vio el rostro ruborizado de Monsieur Ramin asomándose sobre el hombro de la anciana y airadamente gritó:

—¿Cómo se atreve a traer a ese sujeto aquí? ¿Y usted, señor, cómo se atreve a venir?

—Mi querido amigo, hay sentimientos —le respondió Ramin, llevándose la mano al pecho—, hay sentimientos que no se pueden contener. Uno de esos me trajo hasta aquí. El hecho es que soy un buen hombre, tranquilo y no guardo rencores. Nunca olvidaría a un viejo amigo, pero me encanta olvidar viejas diferencias cuando me entero de que una de las partes sufre.

Acercó una silla mientras hablaba y, con compostura, se sentó frente a su antiguo jefe.

Monsieur Bonelle era un hombre delgado con un rostro pálido y anguloso de rasgos marcados. Al principio observó a su visitante desde la profundidad de su gran sillón, pero, como si no estuviera satisfecho con esta vista lejana, se inclinó hacia adelante y, posando ambas manos sobre las delgadas rodillas, estudió el rostro de Ramin, con una mirada fija y penetrante. Sin embargo, no fue suficiente para desconcertar a su visita.

—¿Para qué ha venido? —le preguntó al fin.

—Simplemente para tener la extrema satisfacción de ver cómo se encuentra, mi viejo amigo, solo eso.

—Bien, míreme... y luego váyase.

La situación era desalentadora, pero también era una oportunidad excelente. Y cuando Monsieur Ramin tenía en vista una oportunidad así, su obstinación era invencible. Ahora que estaba decidido a quedarse, no había nada que Monsieur Bonelle pudiera hacer para que se fuera. Al mismo tiempo, Ramin tenía suficiente tacto como para hacer que su presencia fuera agradable. Sabía que su humor rudo y bullicioso había deleitado a Monsieur Bonelle en el pasado, por lo que se esforzó mucho por hacer reír al anciano y logró que soltara un par de carcajadas.

—Ramin —dijo al fin, reposando su delgada mano sobre el brazo del visitante y examinando con su mirada sagaz el rostro púrpura del mercero—, es usted un hombre divertido, pero lo conozco; no logrará hacerme creer que ha venido para ver cómo me encuentro y entretenerme. Sea sincero por una vez, ¿qué es lo que quiere?

Ramin se reclinó contra el respaldo de la silla y rio débilmente, como si preguntara «¿Sospecha de mí?»

—No tengo un negocio que pueda quitarme —declaró—, y seguramente no es tan ingenuo como para querer sacarme dinero.

—¿Sacarle dinero? —preguntó el mercero como si su anfitrión hubiera mencionado algo impensable para él—. ¡Claro que no!

Se dio cuenta de que no sería provechoso mencionar el motivo por el cual había ido, ahora que había levantado sospecha. La oportunidad no había llegado.

—Usted trama algo, Ramin, lo presiento, lo veo en el brillo de sus ojos, pero no volverá a engañarme.

—¿Engañarlo a usted? —preguntó el urdidor moviendo la cabeza con reverencia—. ¿Engañar a un hombre tan perspicaz y astuto? ¡Imposible! La simple suposición me halaga. Mi querido amigo —continuó diciendo para aplacar sus dudas—, ni siquiera soñé con hacer algo semejante. La verdad, Bonelle, es que, aunque me llamen jovial, despreocupado y brusco, tengo conciencia, y, de alguna forma, nunca me quedé del todo tranquilo con la manera en que me convertí en su sucesor. Fue más bien algo deshonesto, lo admito.

Bonelle pareció ablandarse. El cazador de oportunidades se dijo a sí mismo que aquel era el momento indicado.

—Por cierto —dijo—, esta casa ha de ser un gran problema para usted en su estado actual de debilidad, ¿no? Dos de sus inquilinos se han ido sin pagar últimamente. Qué fastidio, en especial para un inválido.

—Le aseguro que estoy en perfectas condiciones de salud.

—De cualquier forma, todo el asunto debe ser una gran molestia para usted. Si estuviera en su lugar, vendería la casa.

—Y si yo fuera usted —respondió el propietario de manera inexpresiva—, la compraría...

—Precisamente —lo interrumpió el inquilino, entusiasmado.

—Es decir, si pudiera pagarla. ¡Ah!, sabía que tramaba algo. ¿Me pagaría ochenta mil francos por la casa? —preguntó de repente Monsieur Bonelle.

—¡Ochenta mil francos! —repitió Ramin y agregó—. ¿Usted cree que soy Luis Felipe I o el Banco de Francia?

—Entonces no hablaremos más del tema, ¿no tiene miedo de dejar la tienda sola por tanto tiempo?

Ramin ignoró la indirecta y atacó de nuevo:

—La verdad es que, mi viejo amigo, el dinero en efectivo no es mi fuerte en este momento, pero si tanto desea librarse de esta preocupación, ¿qué le parece a usted una renta vitalicia? Eso sí que podría pagarlo.

A Monsieur Bonelle le dio una tos corta y seca, como tísica. Se veía como si su vida no fuera a durar mucho más de una hora. Respondió:

—Me atrevo a decir que se cree muy listo. Lo han convencido de que me estoy muriendo. ¡Tonterías! Yo seré quien lo entierre a usted.

El mercero le echó un vistazo al cuerpo delgado y frágil y sintió pena por aquel caballero ingenuo.

—Mi querido Bonelle —dijo—, conozco bien la fuerza de su complejión, pero permítame el atrevimiento de decirle que se descuida mucho. Ahora bien, suponga que algún buen médico...

—¿Lo pagaría usted? —le preguntó Bonelle de repente.

—Con gusto —respondió Ramin con un entusiasmo tal que hizo sonreír al anciano—. En cuanto a la renta vitalicia, ya que el tema le molesta, lo discutiremos en algún otro momento.

—Luego de que haya oído el informe del médico —declaró Bonelle con desdén.

El mercero le echó una mirada furtiva, que la sagaz vista del anciano percibió de inmediato. Ninguno de los dos podía contener la sonrisa: ambos se entendían a la perfección. Ramin vio que aquella no era la excelente oportunidad que deseaba y se marchó.

Al día siguiente, Ramin envió a un médico vecino, que luego le informó que, en su opinión, si Bonelle resistía tres meses más, sería un milagro. ¡Era una noticia estupenda!

Pasaron varios días, y aunque estaba muy ansioso, Ramin adoptó un aire de despreocupación y no visitó al propietario ni le prestó atención. Al cabo de una semana, Marguerite fue a la tienda a hacer una compra insignificante.

—¿Y cómo van las cosas allí arriba? —preguntó Monsieur Ramin con apatía.

—Van de mal en peor, señor —afirmó la criada con un suspiro—. Tiene dolores reumáticos, que lo llevan a utilizar expresiones para nada cristianas, y aun así nada puede persuadirlo de ver al abogado o al sacerdote. La gota está cada día más cerca del estómago y todavía habla de la fuerza de su complexión. Ay, señor, si tiene alguna influencia sobre él, hágale el favor, se lo ruego, dígame qué tan malo es morir sin haber dejado un testamento y sin expiar los pecados.

—Esta misma tarde subiré —respondió ambiguamente Monsieur Ramin.

Mantuvo su promesa y encontró a Monsieur Bonelle en cama, quejándose de dolor y de muy mal humor.

—¿Qué médico ponzoñoso me envió? —preguntó, con la mirada encolerizada—. No quiero ver ningún médico, no estoy enfermo. No voy a seguir su prescripción. Me prohibió que coma y yo voy a comer.

—Es un hombre muy inteligente —comentó el visitante—. Me contó que nunca vio un paciente con tanta «resistencia» como la que usted posee. Me preguntó si no pertenecía a una raza longeva.

—Eso dependerá de la opinión de cada uno —respondió Monsieur Bonelle—. Lo único que puedo decir es que mi abuelo falleció a los noventa, y mi padre, a los ochenta y seis.

—El médico admitió que usted posee una complexión magnífica y fuerte.

—¿Y quién dijo lo contrario? —preguntó débilmente el inválido.

—Le aseguro que preservaría mejor su salud sin el problema de tener estos fastidiosos inquilinos. ¿Ha pensado sobre la renta vitalicia? —preguntó Ramin con tanta despreocupación como pudo, considerando lo cerca que estaba de cumplir sus deseos.

—¿Por qué? Tengo escrúpulos —respondió Bonelle tosiendo—. No deseo engañarlo, mi longevidad sería su ruina.

—Para compensar esa dificultad —propuso rápidamente el mercero—, podemos reducir el interés.

—Pero debo tener un interés alto —expuso con calma Monsieur Bonelle.

Al oír esto, Ramin estalló en un ataque de risa, llamó zorro viejo y astuto a Monsieur Bonelle y le hincó un dedo en las costillas, lo que hizo que el hombre mayor tosiera durante cinco minutos. Luego propuso que lo discutieran de nuevo otro día. El mercero dejó a Monsieur Bonelle quejándose y diciendo que se sentía fuerte como un hombre de cuarenta.

Monsieur Ramin no tenía ningún apuro en cerrar el trato propuesto.

—Cuanto más tarde comience a pagar, mejor —dijo mientras bajaba las escaleras.

Pasaron los días y la negociación no avanzó. Al comerciante observador le pareció que algo no estaba del todo bien. Marguerite se rehusó varias veces a dejarlo pasar diciendo que el amo estaba durmiendo: había algo misterioso e intimidante en su actitud que a Monsieur Ramin le parecía una muy mala señal. Al final se le ocurrió que la criada, que deseaba quedarse con la herencia de su señor, había oído su plan y se le había opuesto. El mismo día que llegó a esa conclusión, se encontró con un abogado con el que había realizado algunas transacciones tiempo atrás mientras bajaba por las escaleras. Al verlo, el mercero sintió un escalofrío en su corazón comerciante y tuvo un presentimiento, uno de esos que raras veces engañan, que le dijo que ya era demasiado tarde. Sin embargo, tuvo la fortaleza para abstenerse de visitar a Monsieur Bonelle hasta entrada la tarde. Subió deci-

dido a verlo sin importar todo lo que le dijera Marguerite. La puerta se encontraba entreabierta, y la vieja criada estaba en el rellano hablando con un hombre de mediana edad vestido con una sotana negra.

«Se acabó, la vieja bruja trajo a los sacerdotes» pensó Ramin, reprochándose su propia estupidez, por permitir que se le adelantaran.

—No puede ver a Monsieur esta noche —indicó Marguerite de manera terminante mientras él intentaba pasarla.

—Ay de mí, ¿tan enfermo se encuentra mi excelente amigo? —preguntó Ramin con un tono apenado.

—Señor —expresó con impaciencia el sacerdote sosteniéndolo del botón de su abrigo—, si en verdad es amigo de ese desdichado hombre, busque llevarlo a un estado de ánimo más adecuado. He visto muchos moribundos, pero jamás tanta obstinación, tal creencia obsesiva en la esperanza de vida.

—¿Entonces cree que en realidad está muriendo? —preguntó Ramin. Y a pesar del tono melancólico que intentó adoptar, sonó tan peculiar que el sacerdote lo miró muy fijamente y le respondió:

—Sí, señor, eso creo.

—¡Ah! —fue todo lo que dijo Ramin, y como el sacerdote le había soltado el botón, entró a pesar de las protestas de Marguerite, que corrió detrás del sacerdote. Encontró a Monsieur Bonelle todavía en cama y con una rabia incontenible.

—Ay, Ramin, mi amigo —dijo entre quejidos—. Nunca contrate a una criada y mucho menos le haga saber que posee alguna propiedad. Son arpías, Ramin... ¡son arpías! Qué día he tenido; primero, el abogado que viene a escribir «mis últimas disposiciones testamentarias», como él las llama, y luego el sacerdote, que gentilmente insinúa que soy un moribundo. ¡Ay, qué día!

—¿Y ha hecho el testamento, mi querido amigo? —preguntó Monsieur Ramin, suavemente pero con mucho interés.

—¿Hacer el testamento? —exclamó el anciano indignado—. ¿Hacer el testamento? ¿Qué quiere decir, señor? ¿Que me estoy muriendo?

—¡Dios no lo permita! —exclamó Ramin con devoción.

—¿Entonces por qué me pregunta si he hecho el testamento? — preguntó enojado el anciano. Luego comenzó a ponerse extremadamente agresivo.

Aunque poseía un carácter violento, cuando se trataba de dinero, Monsieur Ramin tenía la mansedumbre de un cordero. Soportó el trato de su anfitrión con docilidad y paciencia, y habiendo cerrado bajo llave la puerta para asegurarse de que Marguerite no los interrumpiera, miró atentamente a Monsieur Bonelle y se convenció de que la excelente oportunidad que tanto anhelaba había llegado. Pensó: «No le queda mucho tiempo, si no cierro el trato esta noche y hago redactar y firmar el contrato mañana mismo, será demasiado tarde»

—Mi querido amigo —dijo al fin en voz alta, al percibir que el viejo caballero se había agotado y estaba recostado jadeando—, es usted en realidad un triste ejemplo de los extremos a los que la ávida codicia por lucrar lleva a nuestra pobre naturaleza humana. ¡Es en verdad inquietante ver a Marguerite, una criada fiel y apegada, convertirse de repente en una arpía insoportable ante la posibilidad de heredar algo! ¡Los abogados y los sacerdotes revolotean sobre usted como aves rapaces, atraídos por el aroma del dinero! ¡Ay, las miserias de tener una salud delicada combinada con una fuerte complexión y una vasta propiedad!

—Ramin —protestó el anciano mirando inquisitivamente la cara de su visitante—, va a hablarme de nuevo de esa renta vitalicia, ¡lo sé!

—Mi buen amigo, es solo para librarlo de esa posición dolorosa en la que está.

—Ramin, estoy seguro de que en el fondo piensa que me estoy muriendo —dijo Bonelle gimoteando.

—Eso es absurdo, mi querido señor. ¿Muriéndose usted? Le voy a probar que jamás ha estado más saludable. En primer lugar, no siente dolor.

—Excepto el causado por el reumatismo —acotó Bonelle entre quejidos.

—¡Reumatismo! ¿Quién ha muerto por eso? Y si eso es todo...

—No, no es todo —lo interrumpió el anciano bastante irritado—, ¿qué opina sobre la gota que cada día sube más?

—La gota es más bien desagradable, pero si no tiene ninguna otra molestia...

—Tengo otras molestias —dijo de manera terminante Monsieur Bonelle—. Padezco un asma que apenas me deja respirar y un dolor atroz de cabeza que no me deja en paz. Pero si cree que me estoy muriendo, Ramin, está muy equivocado.

—Sin lugar a dudas, mi querido amigo, sin lugar a dudas. Pero mientras tanto, suponga que hablamos de esa renta. ¿Podríamos acordar mil francos por año?

—¿Qué? —preguntó Bonelle mirándolo fijo.

—Mi querido amigo, me equivoqué: quise decir dos mil francos por año —respondió Ramin rápidamente.

Monsieur Bonelle cerró los ojos y pareció caer en un sueño ligero. El mercero tosió; el hombre enfermo no se movió.

—Monsieur Bonelle.

No obtuvo respuesta.

—Mi querido amigo.

Silencio rotundo.

—¿Se durmió?

Una pausa larga.

—Bueno, entonces, ¿qué tal tres mil?

Bonelle abrió los ojos.

—Ramin —dijo sentenciosamente—, es usted un tonto. La casa me deja cuatro mil tal y como está.

Esto no era cierto, y el mercero lo sabía, pero tenía sus propios motivos para desear aparentar creerlo.

—¡Santo cielo! —respondió con un aire de inocencia—. Quién lo hubiera pensado, con inquilinos que se marchan constantemente. ¿Necesita cuatro mil? De acuerdo, entonces, le daré cuatro mil.

Monsieur Bonelle cerró los ojos una vez más y murmuró:

—Pretende pagarme solo la renta, ¡qué tontería!

Luego juntó las manos sobre el pecho y pareció acomodarse para dormir.

—¡Ah, qué afilado hombre de negocios! —exclamó Ramin en admiración; pero por primera vez la adulación todopoderosa no surtió efecto—. ¡Qué astuto! —dijo a continuación, con una mirada furtiva dirigida al anciano, que permanecía en completa indiferencia—. Veo que insistirá en que sean cinco mil francos.

Monsieur Ramin realizó aquel comentario como si ya se hubieran mencionado los cinco mil francos y fueran el punto máximo hasta donde la ambición de Bonelle podía llegar. Pero la artimaña no funcionó, el enfermo ni siquiera se inmutó.

—Pero, mi querido amigo —insistió Monsieur Ramin en tono de protesta—. Se puede llegar a ser demasiado afilado, demasiado astuto. ¿Cómo puede pretender que le ofrezca más cuando su compleción es tan buena y usted será tan longevo?

—Sí, pero puede que muera uno de estos días —agregó en voz baja, para obviamente tratar de poner la cuestión de su propia muerte en consideración.

—Así es, y eso espero —murmuró el mercero, que ya comenzaba a irritarse mucho.

—Tenga en cuenta, Ramin —señaló Bonelle de manera reconfortante—, que usted es tan buen hombre de negocios que duplicará el valor actual de la casa en poco tiempo. Yo soy una persona tranquila, de trato fácil, indiferente al dinero; de otra forma, esta casa me generaría ganancias de, por lo menos, ocho mil francos.

—¡Ocho mil! —exclamó el mercero indignado—. Monsieur Bonelle, no tiene consideración. Vamos, mi querido amigo, sea razonable. Seis mil francos al año (no me molesta hablar de seis) son en verdad ingresos generosos para un hombre de hábitos tranquilos. Vamos, sea razonable.

Pero Monsieur Bonelle hizo caso omiso a la razón y cerró los ojos una vez más. Y luego de abrirlos y cerrarlos durante los siguientes quince minutos, al final logró que Monsieur Ramin le ofreciera siete mil francos.

—Muy bien, Ramin, de acuerdo —expresó con tranquilidad—. Ha cerrado un trato inmejorable.

Luego de aquella última frase le dio un fuerte ataque de tos.

Mientras Ramin destrababa la puerta para irse, encontró a Marguerite, que había estado escuchando durante todo ese tiempo, lista para atacarlo con una sarta de improperios en voz baja por engañar a su «pobre, querido,

inocente y viejo señor para que acepte semejante trato». El mercero soportó todo con mucha paciencia; disculpó su exaltación, y solo se frotó las manos y se despidió con un jovial «buenas noches».

El contrato se firmó al día siguiente, con la indignación de la vieja Marguerite y la mutua satisfacción de las partes interesadas.

Todos admiraban la suerte y la astucia de Ramin, puesto que se decía que la salud del anciano desmejoraba día a día; y estaba claro que el primer trimestre de la renta vitalicia nunca se pagaría. Marguerite, furiosa, les contó la historia a todos. Las personas la escuchaban, negaban con la cabeza y afirmaban que Monsieur Ramin era un tipo listo.

Una mañana, luego de un mes, mientras Ramin bajaba del último piso, donde le había notificado a una pobre viuda que no había pagado la renta, oyó pasos ligeros en las escaleras. Inmediatamente después apareció un hombre vivaz, con un estado de salud y ánimo excelentes, que tenía todos los rasgos de Monsieur Bonelle. Ramin se quedó horrorizado.

—Bien, Ramin —dijo, alegre, el anciano—, ¿Cómo le va? ¿Ha estado atormentando a la pobre viuda de arriba? ¿Por qué, hombre? Debemos vivir y dejar vivir.

—Monsieur Bonelle —dijo el mercero con un tono apagado—, ¿puedo preguntarle dónde está su reumatismo?

—Se ha ido, mi querido amigo, se ha ido.

—¿Y la gota que cada día avanzaba más? —agregó Monsieur Ramin, angustiado.

—Descendió cada vez más hasta que desapareció por completo —respondió Bonelle con tranquilidad.

—Y el asma...

—Todavía tengo asma, pero siempre se ha dicho que los asmáticos son longevos. El asma era, según me contaron, lo único que aquejaba a Matusalén.

Dicho eso, Bonelle abrió la puerta, la cerró y desapareció.

Ramin se quedó paralizado en las escaleras, petrificado por la intensa decepción y una fuerte sensación de haber sido engañado. Cuando lo encontraron tenía la mirada perdida y deliraba sobre una excelente oportunidad para vengarse.

El tema de aquella recuperación milagrosa se encontraba en boca de todo el barrio siempre que Monsieur Bonelle aparecía en las calles blandiendo con alegría su bastón. En el primer frenesí de desesperación, Ramin se rehusó a pagar; acusó a todos de haber complotado para engañarlo; despidió a Catherine y expulsó a su conserje; acusó públicamente al abogado y al sacerdote de conspiración; presentó una demanda contra el doctor y la perdió. Luego lo demandaron por atacar agresivamente a Marguerite y tuvo que pagar por daños y perjuicios. Monsieur Bonelle no se molestó en presentar quejas inútiles, pero cuando Ramin se negó a pagar la renta, respondió con argumentos legales tan buenos que el exasperado mercero no pudo negarse.

Diez años después, tanto Monsieur Ramin como Monsieur Bonelle siguen con vida. Por una casa que hubiera sido demasiado costosa si la compraba a cincuenta mil francos, el mercero lleva entregados más de setenta mil.

Ramin, que antes era tan jovial y rubicundo, ahora es un hombre pálido y demacrado, de mal carácter y aspecto. Y para aumentar su angustia, ve al anciano progresar con ese dinero que le rompe el corazón tener que pagarle. La vieja Marguerite se regocija de maldad al contarle con detalles sus buenos ánimos y al preguntarle si no cree que Monsieur se ve cada día mejor. Podría deshacerse de parte de ese tormento si renunciara y no viviera más en la casa. Pero no puede, tiene el miedo sagrado de que Bonelle aproveche una excelente oportunidad para morir sin que se entere, lo que le daría a otra persona la excelente oportunidad de tomar su lugar y recibir el dinero en su nombre.

Las últimas noticias de la víctima de las excelentes oportunidades lo describen como una persona gradualmente desgastada por la desilusión. Parece que todas las probabilidades apuntan a que sea él el primero en abandonar el mundo, puesto que Bonelle está más sano que nunca.